

En 1390 muere Juan I. Las principales potencias europeas se batan en la Guerra de los Cien Años y se disputan a Castilla como aliada. Pero ésta, absorta en sus problemas internos se mantiene neutral hasta que en 1393, a los catorce años, sube al trono Enrique III y pone fin al turbulento período de la Regencia. El autor analiza separadamente sus relaciones con los distintos países, sin detenerse en el problema del cisma de Occidente, tratado en otro estudio.

La alianza con Francia se confirma en 1394. Aunque el bloque franco-español siga teniendo apariencia de unidad, pronto empiezan los rozamientos, que llevan a Castilla a alejarse cada vez más de Francia y a acercarse ligeramente a Inglaterra en especial cuando, a consecuencia de una revolución, ocupa su trono un Lancaster, pues Enrique de Trastámara está casado con una princesa de esta Casa, enemiga tradicional de los franceses.

Las luchas navales entre Castilla y Gran Bretaña, simple guerra de corso, son reseñadas en sus rasgos más pintorescos.

Pasa luego Suárez Fernández a tratar la oposición de los castellanos a los intentos de Juan I de Aragón y Leonor de Navarra de intervenir en su política.

La cuestión portuguesa trae pesares al corazón del Trastámara. El acuerdo de 1393, analizado punto por punto en este estudio, no impide a Juan I reanudar las hostilidades cuatro años más tarde. Enrique no verá consolidada la paz definitiva después de la tregua de 1402, pues morirá el 1º de enero de 1407.

La guerra contra el Islam constituye uno de los capítulos más sugestivos de la política exterior de Enrique III. El autor detalla la lucha en Granada, en el Mediterráneo y Oriente, donde cobra caracteres dramáticos por el peligro que se cierne sobre Constantinopla y toda la Cristiandad. Por último, con la Crónica de Ruy González de Clavijo, nos conduce a las exóticas comarcas del guerrillero Timur Lenk y a su ciudad, Samarcanda.

ELDA GENTILI.

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS, *La obra de Isabel la Católica*. Publicaciones históricas de la Excma. Diputación Provincial de Segovia. Serie 2ª, vol. II, Segovia, 1953.

El joven y ya conspicuo autor de este libro declara paladinamente, en las primeras líneas de su obra, las dificultades que la abrumadora bibliografía sobre el tema plantean al historiador que quiere encararse, una vez más, con la apasionante figura de Isabel de España.

Poco o nada nuevo podrá agregarse ya a lo mucho dicho y reflexionado en torno a la excelsa reina y ejemplar mujer, y, sin embargo, como sucede con todos los grandes episodios del acontecer humano, siempre que se lo trata, el

asunto aparece como original y palpitante de renovado interés. Agréguese que quien lo aborda en este caso, sobre tener ya probadas personalmente envidiables aptitudes de estudioso y expositor, viene de una ilustre prosapia de investigadores: hijo de Manuel Ballesteros Beretta y de doña Mercedes Gaibrois, bastan estos nombres para indicar que quien se atreve nuevamente con Isabel la Católica no lo hace como advenedizo al campo de la historiografía, sino después de haber estudiado al lado de quienes mejor podrían marcarle un camino y luego de haberse probado en singulares tareas de investigación tan ricas de sustancia cuanto cálidas y nítidas en la exposición.

El volumen que ahora nos ocupa fué escrito con ocasión del certamen que, sobre la materia del mismo, organizó la Jefatura de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. de Segovia durante el año 1951, como uno de los tantos actos organizados para solemnizar el Centenario del nacimiento de Isabel de Trastámara. Declarado el concurso desierto en su primera convocatoria, fué adjudicado el premio, en la segunda, a Manuel Ballesteros Gaibrois, profesor, como se sabe, en la facultad de Filosofía y Letras de la Central de Madrid y Secretario del Instituto *Fernández de Oviedo* del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Este antecedente justifica el plan del libro. No se trata de una nueva investigación documental ni paleográfica, ni, tampoco, de una exaltación puramente lírica ni ditirámica. Ambos extremos, el uno por no requerirlo la índole del cuestionario a seguir, el otro, porque su misma facilidad chirle repugna a todo investigador concienzudo, están voluntariosamente evitados en el volumen de Ballesteros.

Un libro así planteado requiere para justificarlo — a nuestro entender de críticos literarios y no históricos — tres condiciones primordiales: rigor metódico para organizar el material ya conocido, soslayando, en la medida de lo posible, el tópico, tan frecuente y cómodo cuando se trata de personalidades o acontecimientos abundosos de anecdotario y bibliografía; claridad en la exposición de ese mismo método, cuidando de elegir, entre la vasta selva de la información acumulada por siglos de investigación, aquello decisivo y operante, aquello que, de lo explicado, dé un ejemplo vivo e incontrovertible; finalmente, aunque ésta sea virtud inherente a cualquier calidad de trabajo histórico, una dosis sensible de imparcialidad, la cual no debe, tampoco, quitar vigor al entusiasmo y aun al grito apasionado cuando la situación lo merezca. No creo haya habido en el mundo nada más triste que esa falsa interpretación del método alemán por el cual la obra histórica se transforma en un almacén de *fichas*, tras de las cuales el fenómeno vivo de la historia aparece dado en láminas, en trozos deshechos y triturados como para una prensa de cámara frigorífica — que tal resulta el libro — y el historiador, un infeliz matarife, cortando la historia en pedacitos, incapaz — tanto lo ha atrofiado la manía de la *puntualidad* — de dar nunca una sensación de vida, de hacer llegar el aliento ardiente y tremendo de los hombres y de las cosas que vivieron con sus pasiones, sus odios, sus alegrías, sus miserias y sus heroísmos.

Apresurémonos a decir que los tres puntos señalados más arriba se cumplen en la obra de Ballesteros Gaibrois con aplomo y dignidad científicos: el rigor metodológico se aprecia claramente en la disposición de las Cuatro Partes del libro. La primera, donde la reina desfila como constructora de la primer gran Nación unida de Europa en su múltiple aspecto político-organizador en la autoridad y el orden público, la legislación, el gobierno, las finanzas y la justicia. Analiza, luego Ballesteros, la obra ingente de Isabel en materia religiosa, eje, como es bien sabido, de todo su plan político, jurídico y militar. *Isabel la Católica y la Cultura de su tiempo* forma el material del Tercer Libro, y desde las letras a las artes, pasando por la reorganización de la enseñanza, hasta llegar a la moda y las costumbres — tan sometidas al celo y vigilancia de la propia soberana — nada escapa al cuidado investigador de Ballesteros, quien con la vital presencia de Isabel en Granada, en el descubrimiento y primera colonización de las Indias, en Africa y en las Islas Canarias compone el Cuarto Libro, consagrado a estas cuatro y fundamentales *Empresas* históricamente decisivas de la Reina Católica. Una visión de conjunto y una idea de la proyección actual del reinado isabelino cierran con riguroso orden el plan del volumen.

No menos se cumple el extremo de la claridad; no sólo porque la prosa de Ballesteros — salvo alguno que otro neologismo, quizás innecesario: *Compartimentado*, por ejemplo — es nítida, castiza y ágil, sino porque la misma arquitectura del ensayo lleva al lector sin angustia ni incómodos sobresaltos por todo el ámbito que el autor necesita explanar. Utilizando un término propio del oficio arquitectónico — a fin de no variar la metáfora — diríamos que la *circulación* del libro está ejemplarmente calculada y distribuída.

Por último, decir que Ballesteros Gaibrois escribe el libro con toda la imparcialidad que cabe pedir a un historiador apasionado por este reinado, como lo tiene demostrado en varios importantes trabajos sobre el mismo, parece decir una cosa excusada. A veces la tan decantada *imparcialidad* suele ser para muchos historiadores aterradora frialdad; no es éste, afortunadamente, el caso de *La obra de Isabel la Católica*. Al término del libro surge — que es lo conveniente y hermoso — una estampa de Isabel indeleble y humana. Sólo por el ensalmo de la obra que Ballesteros puntualiza — eludiendo con toda pulcritud lo estrictamente biográfico y anecdótico — se nos dibuja, al final, la reina constructora con toda la prestancia de su personalidad inconfundible y poco menos que maravillosa. Es posible — aunque esto ya supondría entrar en polémica ajena por completo al objeto de una recensión bibliográfica — que, en lo que Ballesteros llama la *acción dulcificante* de la reina en lo concerniente al rigor de los procedimientos inquisitoriales y a la crueldad en la ejecución del decreto expulsatorio de los israelitas, haya en el autor un poco más de benevolencia que la necesaria en un historiador, pero, sea como fuere, el de Ballesteros es un punto de vista tan legítimo como cualquier otro, y es, desde luego, mucho más honrado echar luz que no sombras

sobre estos dos acontecimientos del gran reinado, tan aviesamente contrahechos por *historiadores* — llamémoslos así — sin escrúpulos.

No concluyamos sin destacar un rasgo fundamental de esta nueva obra de Ballesteros Gaibrois: el fino cuidado puesto en discernir de la obra cumplida por los Católicos Reyes, todo aquello que, *strictu sensu*, fué obra particular de la Reina. Problema difícil ya que se sabe cuán identificados estaban los esposos en todo lo que fuere materia de gobierno y de realizaciones estatales, pero nuestro autor — con pulso de experimentado disecador — separa y escinde todo el hacer político, social, cultural de Isabel con tanta pulcritud, limpieza y convencimiento que es éste, sin duda, uno de los méritos más sobresalientes del libro.

Lo completa un rico Apéndice Documental; once mapas *Itinerarios* (de 1474 a 1504) que muestran *de visu* la prodigiosa actividad física de la sin par soberana; una abundante Bibliografía ordenada por sistema alfabético de autores y cinco índices orientadores.

Viene el libro precedido por un conceptuoso Prólogo del Excmo. Señor Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento de Segovia, Don Pascual Marín Pérez en el que cabe destacar la importante labor de índole histórica que realizan las *Publicaciones de la Excmo. Diputación Provincial de Segovia* de las que el propio señor Marín es director.

ARTURO BERENGUER CARISOMO

JUAN REGLÁ CAMPISTOL, *Francia, la corona de Aragón y la frontera pirenaica. La lucha por el valle de Arán (Siglos XIII-XIV)*. Premio Menéndez Pelayo 1948. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Escuela de Estudios Medievales. Publicaciones de la sección de Barcelona, núm. 13 (vol. I, texto, 322 pp., vol. II, documentos, 482 pp.), Madrid, 1951.

Este trabajo estudia, con la precisión que es habitual en la escuela de Vicens Vives, el conflicto que entre Francia y Aragón se produjo desde 1284 hasta 1313 acerca del valle de Arán. El valle, único entre los hoy españoles que pertenezca a la vertiente atlántica del Pirineo, sólo se comunica con la alta Cataluña a través de pasos que permanecen cerrados buena parte del año; la comunicación con las llanuras del Garona, que tiene su curso superior en el propio valle, es menos difícil. La población aranesa habla un dialecto gascón. Geografía y lingüística parecían, así, predecir para Arán un destino francés. Y sin embargo el rey de Aragón logró unir sólidamente al valle de sus dominios, y contó para ello con el apoyo más firme de los araneses. He aquí un hecho que quizá parezca menos misterioso si examinamos las cosas más de cerca.

Arán es un típico valle pirenaico; como tal constituye una muy firme unidad de población. Vive de la agricultura, de posibilidades no muy grandes,